

—¿Qué me importa? ¡Todo es pescado en la mar! dijo Corentín haciéndole seña al gendarme que guiaba para que arrease al caballo.

Diez minutos después, el castillo de Cinq-Cygne estaba completamente evacuado.

—¿Y cómo os habéis deshecho del sargento? preguntó Lorenza al hijo de Michú, á quien había hecho sentarse para darle de comer.

—Mi papá y mi mamá me habían dicho que era cuestión de vida ó muerte el que no entrase nadie en casa. Por el ruido que hacían los caballos en el bosque, comprendí que tenía que habérmelas con perros gendarmes, y me propuse impedir que entrasen en casa. Tomé unas cuerdas muy gordas que tenemos en nuestro granero y las até á uno de los árboles que se encuentran al principio de cada camino, y después até el otro extremo á otro árbol, á la altura del pecho de un caballero. De este modo, el camino estaba interceptado. La cosa salió á las mil maravillas. No hacía luna, y un sargento ha caído al suelo, pero no se ha matado. ¿Qué quiere usted? tienen la vida muy dura los gendarmes. En fin, se ha hecho lo que se ha podido.

—Tú nos has salvado, dijo Lorenza abrazando á Francisco Michú y acompañándolo hasta la reja.

Llegada allí, y como no viese á nadie, le dijo al oído:

—¿Tienen víveres?

—Hoy he ido yo á llevarles un pan de doce libras y cuatro botellas de vino.

Al volver al salón, la joven fué objeto de mudas interrogaciones por parte de los señores de Hauteserre, del cura y de su hermana, que la miraban con tanta admiración como ansiedad.

—¿Pero los ha vuelto usted á ver? exclamó la señora de Hauteserre.

La condesa se puso el dedo sobre los labios sonriéndose, y subió á su cuarto para acostarse, pues una vez obtenido el triunfo, le fué imposible soportar por más tiempo la fatiga.

El camino más corto para ir de Cinq-Cygne al pabellón de Michú era el mismo que conducía del pueblo á la quinta

de Belache y que iba á dar á la plazoleta donde los espías habían visto la víspera á Michú. Así es que el gendarme que guiaba llevó á Corentín por el mismo camino que había seguido el sargento de Arcís. Al mismo tiempo que andaban, el agente iba meditando acerca de la manera como podía desazonarse á un jinete. Lamentaba su torpeza de no haber enviado más que un hombre á un punto tan importante, y deducía de su falta un axioma para un código de policía que estaba haciendo para su uso particular.

—Si se han desembarazado del gendarme, pensó, también habrán sabido deshacerse de Violette. Es evidente que los cinco caballos muertos han traído de las cercanías de París al bosque á los cuatro conspiradores y á Michú. ¿Tiene Michú caballo? preguntó al gendarme que iba con ellos, que era de la brigada de Arcís.

—Ya lo creo, un famoso jaco, respondió el gendarme; un caballo que proviene de las cuadras del noble marqués de Simeuse. Sus quince años de edad no impiden el que sea una maravilla; Michú le hace andar veinte leguas sin que por eso deje el animal de quedarse tan fresco como una lechuga. ¡Oh! lo cuida muy bien y se ha negado á venderlo en muchas ocasiones.

—¿Cómo es su caballo?

—De un color castaño oscuro tirando á negro, con manchas blancas en las patas, delgado y todo nervios, como si fuese un caballo árabe.

—¿Has visto alguna vez caballos árabes?

—He llegado de Egipto hace un año y he montado caballos de mamelucos. Llevo once años de servicio en caballería, he ido al Rin con el general Steingel, de allí á Italia, y he acompañado al Primer Cónsul á Egipto. Espero que no tardaré mucho en ser sargento.

—Cuando lleguemos al pabellón de Michú, vete á la cuadra, y, si has vivido once años entre caballos, supongo que debes saber cuándo ha corrido un caballo.

—Mire usted; allí es el lugar donde nuestro sargento ha sido derribado, dijo el gendarme señalando el lugar en que el camino desembocaba en la plazoleta.

—Dile al capitán que venga á buscarme á este pabellón para irnos juntos á Troyes.

Corentín echó pie á tierra y permaneció algunos instantes observando el terreno. Examinó los dos olmos que se encontraban uno enfrente de otro, el uno adosado al muro del parque y el otro en un declive de la plazoleta que cortaba el camino vecinal; después vió lo que nadie hubiera podido ver, y lo recogió: un botón de uniforme escondido entre el polvo del camino. Al entrar en el pabellón vió, sentados á una mesa en la cocina, á Violette y á Michú, que seguían disputando. Violette se levantó, saludó á Corentín y le ofreció un vaso de vino.

—No, gracias; quisiera ver al sargento, dijo el joven dirigiendo á Violette una mirada por la que sacó en consecuencia que éste estaba borracho hacía más de doce horas.

—Mi mujer lo cuida allá arriba, dijo Michú.

—Y bien, sargento, ¿cómo estamos? dijo Corentín al encontrar al gendarme con la cabeza envuelta entre trapos y acostado en la cama de la mujer de Michú.

El sombrero, el sable y el correaje estaban sobre una silla. Marta, fiel á los sentimientos de mujer é ignorando aún la hazaña de su hijo, cuidaba al sargento en compañía de su madre.

—Esperamos al señor Varlet, al médico de Arcis, dijo Marta. Goucher ha ido á buscarlo.

—Déjenos ustedes solos un momento, dijo Corentín bastante sorprendido ante aquel espectáculo en que brillaba la inocencia de las dos mujeres.

—¿Cómo ha sido usted derribado? preguntó mirando el uniforme.

—Por algo que me tocó en el pecho, respondió el sargento.

—Veamos vuestro correaje, dijo Corentín.

En la banda amarilla rodeada de ribetes blancos, que una ley reciente había decretado á la guardia llamada *nacional*, señalando los menores detalles de su uniforme, había una placa muy semejante á la de los guardas campestres, donde

dicho decreto prescribía que se grabasen estas singulares palabras: *Respeto á las personas y á las propiedades*. La cuerda había tocado, como es natural, en el correaje y lo había rozado. Corentín cogió la guerrera y miró al sitio en que faltaba el botón que había encontrado en el camino.

—¿A qué hora le han recogido á usted? le preguntó Corentín.

—Al amanecer.

—¿Le trajeron á usted aquí en seguida? dijo Corentín observando el estado de la cama, que no estaba deshecha.

—Sí.

—¿Quién le ha traído á usted?

—Las mujeres y el hijo de Michú, que me encontró sin conocimiento.

—Bueno, veo que no se han acostado esta noche, se dijo Corentín. El sargento no ha sido herido ni por arma de fuego ni de un palo, pues su adversario, para pegarle, hubiera tenido que ponerse á su altura y tendría que estar á caballo: se deduce de aquí, que ha sido desmontado por un obstáculo colocado en su camino. ¿Por una rama de árbol? imposible. ¿Por una cadena de hierro? tampoco, pues hubiera dejado huellas... ¿Qué ha sentido usted? le preguntó en voz alta al sargento, volviendo á examinarlo.

—He sido derribado tan bruscamente, que...

—Veo que tiene usted la piel levantada debajo de la barba.

—Me parece, respondió el sargento, que me ha rozado la cara una cuerda.

—Ya caigo, dijo Corentín. Han puesto una cuerda, de un árbol á otro, para interceptar el paso.

—Bien pudiera ser, dijo el sargento.

Corentín bajó y entró en la sala.

—Vamos, viejo pillo, acabemos de una vez, decía Michú hablando á Violette y mirando al espía. Ciento veinte mil francos por todo y serás el dueño de mis tierras. Yo me haré rentista.

—¡Como hay Dios que no tengo más que sesenta mil!

—Pero yo te daré un plazo para pagarme el resto. Hom-

bre, ya estamos desde ayer así sin poder cerrar el trato... Tierras de primera calidad.

—Las tierras son buenas, respondió Violette.

—Marta, trae más vino, exclamó Michú.

—¿No han bebido ustedes bastante? exclamó la madre de Marta. Ya van catorce botellas desde ayer á las nueve.

—¿Están ustedes aquí desde las nueve de la mañana? dijo Corentín á Violette.

—No, dispense usted. Desde ayer por la noche que no he salido de aquí, sin haber ganado nada por eso; cuanto más me hace beber, más me encarece sus bienes.

—En los mercados, el que levanta el codo hace también levantar el precio, dijo Corentín.

Una docena de botellas vacías, alineadas al extremo de una mesa, confirmaban el dicho de la anciana. En este momento el gendarme hizo una seña á Corentín y le dijo al oído en el umbral de la puerta:

—En la cuadra no hay ningún caballo.

—¿Ha enviado usted al criado al pueblo en el caballo? preguntó Corentín á Marta. De ese modo, podría esperar la llegada del médico.

—No, señor, dijo Marta; ha ido á pie.

—¿Y qué han hecho ustedes del caballo?

—Lo he prestado, respondió Michú con tono seco.

—Venga usted aquí, compadre, dijo Corentín dirigiéndose al administrador, pues tengo que decirle dos palabras al oído.

Corentín y Michú salieron.

—La carabina que cargaba usted ayer á las cuatro tenía que servirle para matar al consejero de Estado: Grevin, el notario, le ha visto á usted; pero esto no es bastante para encausarle: ha habido mucha intención y pocos testigos. No sé cómo, pero es lo cierto que ha dormido usted á Violette, y usted, su mujer y su hijo han pasado la noche fuera para avisar á la señorita de Cinq-Cygne de nuestra llegada y contribuir á la salvación de sus primos, á quienes ha traído usted aquí, aunque aún no sé el punto fijo. En fin, que nos han derrotado ustedes. Es usted un magnífico hurón. Pero

esto no está acabado y aun tendremos que vernos. ¿Quiere usted transigir? sus amos ganarán más con ello.

—Venga usted hacia aquí, y hablaremos sin que puedan oírnos, dijo Michú llevando al espía hacia el estanque.

Cuando Corentín vió la masa de agua, miró fijamente á Michú, que sin duda contaba con su fuerza para sepultarlo bajo siete pies de fango y tres de agua. Michú le respondió con una mirada no menos fija. Ocurrió allí como si una boa hubiese desafiado á uno de esos feroces jaguares del Brasil.

—No tengo sed, respondió el petimetre quedándose en el extremo del prado y echando mano al bolsillo para coger su puñal.

—Veo que no podemos entendernos, dijo fríamente Michú.

—Sea usted juicioso, querido mío, porque la justicia le acecha.

—Si la justicia no viese más claro que usted, nadie estaría seguro, dijo el administrador.

—Preferiría que me cortasen cien veces el cuello, si se pudiese cortar cien veces el cuello á un hombre, que ponerme en inteligencia con un pillo como tú.

Corentín subió precipitadamente al coche después de haber medido con la mirada á Michú, al pabellón y á Couraut, que ladraba. Dió algunas órdenes al pasar por Troyes y se fué á París. Todas las brigadas de gendarmería recibieron una consigna é instrucciones secretas.

Durante los meses de diciembre, enero y febrero, las investigaciones fueron activas é incesantes en las menores aldeas. Se pusieron escuchas en todas las tabernas. Corentín supo tres cosas importantes: un caballo parecido al de Michú fué encontrado muerto en los alrededores de Lagny; los cinco caballos enterrados en el bosque de Nodemes fueron vendidos al precio de quinientos francos cada uno, por unos cortijeros y unos molineros, á un hombre que, por las señas que dieron de él, debía ser Michú. Cuando se promulgó la ley sobre los encubridores y los cómplices de Georges, Corentín reducía la vigilancia al bosque de Nodemes. Después, cuando Moreau, los realistas y Pichegrú fueron detenidos, dejaron de verse caras forasteras en el país. Michú perdió

entonces su empleo, pues el notario de Arcis le llevó la carta en que el consejero de Estado, que era ya senador, rogaba á Grevin que pidiese cuentas al administrador y lo despidiese. Tres días después, Michú obtuvo un finiquito en buena forma y quedó libre. Con gran asombro del país, se fué á vivir á Cinq-Cygne, donde Lorenza lo tomó por cortijero de todas las dependencias del castillo. El día de su instalación coincidió fatalmente con la ejecución del duque de Enghien. En todo Francia se supo casi á la vez el arresto, el juicio, la condena y la muerte del príncipe, terribles represalias éstas que precedieron al proceso de Polignac, Riviere y Moreau.

LIBRO DE NUEVO LEGADO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO II

REVANCHA DE CORENTÍN

Mientras se construía la quinta destinada á Michú, el falso Judas se instaló en las habitaciones situadas encima de las cuadras, al lado de la famosa brecha. Michú se procuró dos caballos, uno para él y otro para su hijo, pues ambos se unieron á Gothard para acompañar á la señorita de Cinq-Cygne en todos sus paseos, que tenían por objeto, como se comprenderá fácilmente, el proveer de alimentos á los cuatro hidalgos y el procurar que no les faltase nada. Francisco y Gothard, ayudados por Couraut y por los perros de la condesa, ojeaban los alrededores del escondite y se aseguraban de que no había nadie. Lorenza y Michú llevaban los víveres que Marta, su madre y Catalina preparaban á espaldas de los demás criados, á fin de concentrar el secreto, y á pesar de que ninguno de ellos sospechase que pudiesen haber espías en la casa. Por prudencia, esta expedición siempre se llevó á cabo dos veces por semana y á horas diferentes, tan pronto de día como de noche. Estas precauciones duraron

tanto como el proceso Riviere, Polignac y Moreau. Cuando el senado-consulta, que llamaba al Imperio á la familia Bonaparte y nombraba emperador á Napoleón, fué sometido á la aceptación del pueblo francés, el señor de Hauteserre firmó el registro que fué á presentarle Goulard. Por fin se supo que el Papa iría á consagrar á Napoleón. Desde entonces, la señorita de Cinq-Cygne ya no se opuso á que los dos Hauteserre y sus primos suscribiesen una instancia para que se les excluyese de la lista de los emigrados y pudiesen recuperar sus derechos de ciudadanos. El buen hombre corrió inmediatamente á París y fué á ver al noble marqués de Chargebœuf, que conocía al señor de Talleyrand. Este ministro, que gozaba entonces del favor, hizo llegar la petición á manos de Josefina, y ésta se la entregó á su marido, á quien se daban ya los nombres de Emperador, Majestad y Señor, antes de conocer el resultado del escrutinio popular. Los señores de Chargebœuf y Hauteserre y el abate Goujet, que fué también á París, obtuvieron una audiencia de Talleyrand, y este ministro les prometió su apoyo. Napoleón había indultado ya á los principales autores de la gran conspiración realista tramada contra él; pero, aunque de los cuatro hidalgos sólo hubieran sospechas, al salir de una sesión del consejo de Estado, el Emperador llamó á su despacho á Maligno, á Fouché, á Talleyrand, á Cambaceres, á Lebrún y á Dubois, prefecto de policía.

—Señores, dijo el futuro Emperador que conservaba aún su traje de Primer Cónsul, hemos recibido de los señores de Simeuse y de Hauteserre, oficiales del ejército del príncipe de Condé, una petición para que se les autorice para entrar en Francia.

—Ya lo están, dijo Fouché.

—Como otros mil que yo encuentro en París, respondió Talleyrand.

—Creo, sin embargo, que no habrá usted encontrado nunca á éstos, pues están escondidos en el bosque de Nodesme y allí se creen en su casa.

Se guardó bien de decir al Primer Cónsul y á Fouché las palabras á que había debido la vida; pero, apoyándose en